

Yasunari Kawabata

Tamayura

Prólogo de Tana Oshima





Seix Barral

Yasunari Kawabata

Tamayura

Traducción y prólogo de Tana Oshima

LA LUNA EN EL AGUA

Un día, a Kyōko se le ocurrió una idea: utilizaría su espejo de mano para mostrarle a su marido, que estaba convaleciente en la planta de arriba, el reflejo de la huerta. Su marido ya nunca se levantaba de la cama y tan poca cosa le bastó para sentir que empezaba una nueva vida, aunque en ningún caso lo verbalizó como «tan poca cosa».

El espejo de mano formaba parte del tocador que Kyōko trajo consigo en su ajuar cuando se casó. El tocador no era muy grande y estaba hecho de madera de moreira, al igual que el espejo de mano. Kyōko aún recordaba la vergüenza que sintió cuando, recién casada, colocó el espejo de mano contra el tocador para ver su peinado por detrás y, al hacerlo, se le deslizó la manga del kimono hasta el codo dejando su antebrazo al descubierto. Era ese mismo espejo de mano.

En otra ocasión, después del baño, su marido le dijo «Ay, qué torpe eres, dámelo, que te lo sujeto yo», y se lo sostuvo para mostrarle, no sin gozar en secreto, el reflejo de su nuca desde distintos ángulos. Había cosas de ella que él solo pudo descubrir a través del espejo. (En realidad, no es que Kyōko fuera torpe; simplemente se había puesto nerviosa al sentirse observada por detrás).

Luego el espejo de mano quedó guardado en el cajón, pero no durante tanto tiempo como para que la madera cambiara de color. Sin embargo, entre la guerra, la evacuación y la enfermedad, cuando Kyōko decidió dejárselo a su marido para que viera la huerta del jardín, el espejo ya

estaba un poco empañado y tenía las esquinas manchadas de polvo y maquillaje blanco. El espejo seguía sirviendo, claro está, y de hecho no es que Kyōko no hubiera querido dar importancia a las manchas, sino que apenas se había percatado de ellas. Fue su marido, que ahora lo guardaba siempre en la cabecera de su cama, quien, por su inmovilidad y la sensibilidad propia del enfermo, lo limpió y lo pulió entero, incluido el marco. Kyōko lo veía echar el aliento sobre él y lustrarlo con una tela una y otra vez, incluso cuando ya no se veía manchado. Solo en ese momento se le ocurrió pensar que las ranuras imperceptibles entre el espejo y el marco debían de haber acumulado un sinfín de microbios. A veces, después de que Kyōko le untara el pelo con aceite de camelia y se lo cepillara, su marido se pasaba la palma de la mano por la cabeza y rascaba el marco un poco más. Así como el tocador tenía unas manchas muy grandes, el espejo de mano estaba reluciente.

Kyōko se llevó el tocador consigo cuando se volvió a casar. Como el espejo de mano había ardido dentro del ataúd de su primer marido, en su lugar tenía ahora uno nuevo con un tallado de Kamakura. Esto es algo que nunca le contó a su segundo esposo.

Nada más morir, a su primer marido le juntaron las manos y le entrelazaron los dedos como era costumbre, por lo que no fue posible hacerle sostener el pequeño espejo dentro del ataúd. Kyōko se lo colocó, pues, sobre el pecho.

—Perdona que haya puesto peso sobre tu pecho, con lo que te costaba respirar —susurró Kyōko mientras trasladaba el espejo de mano hacia el abdomen de su difunto marido.

Si había querido ponérselo en el pecho era porque había sido un objeto muypreciado en su vida matrimonial. Procuró hacerlo en secreto; no quería que los familiares se enteraran de que había un espejo de mano en el ataúd. Para eso colocó un crisantemo blanco encima. Nadie se dio cuenta. Durante la incineración, el cristal del espejo se ablandó y se derritió y se retorció entre arrugas duras y gruesas que enseguida se volvieron amarillas y expulsaron hollín. Alguien lo vio y dijo:

—Es cristal. ¿Qué hace ahí un trozo de cristal?

En realidad, Kyōko había colocado un segundo espejo más pequeño sobre el espejo de mano. Era uno que guardaba siempre en su neceser, rectangular y de dos caras. Había fantaseado con llevárselo a su luna de miel, pero la guerra les impidió hacer el viaje. Al final nunca pudo llevárselo a ninguna parte en el tiempo que duró su matrimonio.

Con el segundo marido sí se fue de luna de miel. Kyōko se compró un nuevo neceser —el cuero del anterior estaba ya enmohecido— que, naturalmente, incluía un pequeño espejo.

El primer día de viaje, su nuevo esposo tocó a Kyōko.

—Pareces virgen. Pobre —dijo, pero no con ironía, sino con una excitación inimaginable.

Quizá para él, por ser su segundo marido, era una dicha enorme que ella fuera una muchacha inexperta. A ella, en cambio, esas palabras, aunque breves, le provocaron una tristeza feroz. Sobrecogida por una pena indecible, encogió su cuerpo con lágrimas en los ojos. Puede que a él le pareciera que aquel también era el comportamiento propio de una muchacha virgen.

Kyōko no sabía si lloraba por ella o por su marido muerto. Al fin y al cabo no eran dos cosas totalmente distintas. Entonces se sintió terriblemente culpable ante su nuevo esposo y pensó en halagarle.

—No, no lo soy. ¿Pero acaso hay mucha diferencia?
—respondió.

Se arrepintió al instante de lo que acababa de decir y sintió su cara arder de vergüenza. Pero a su nuevo esposo esas palabras lo llenaron de satisfacción.

—Tampoco has tenido hijos.

Kyōko sintió que se le hundía el pecho.

Se estaba enfrentando al vigor de un hombre que no era el de su primer marido y se sintió humillada, incluso burlada.

—Fue como cuidar a un hijo —se limitó a decir con cierta resistencia.

Su primer marido había estado tanto tiempo enfermo que, incluso ahora que estaba muerto, seguía presente como un bebé en la barriga de Kyōko.

Sin embargo, ya no sabía de qué les había servido tanta abstinencia si él se iba a acabar muriendo igual.

—Yo solo he visto Mori a través de la ventana del tren Jōkotsu. —El nuevo marido pronunció el nombre de la ciudad natal de Kyōko mientras la abrazaba contra él—. Debe de ser una ciudad bonita como indica su nombre, en pleno bosque.* ¿Hasta qué edad viviste ahí?

—Hasta que me gradué de la enseñanza secundaria en una escuela para niñas. Luego me reclutaron para trabajar en una fábrica de municiones en Sanjō...

* *Mori* significa «bosque» en japonés. Todas las notas al pie son de la traductora.

—Eso es, era cerca de Sanjō. En Echigo tienen fama las bellas de Sanjō, por eso tú también tienes un cuerpo tan bonito.

—No es bonito.

Kyōko se llevó las manos al pecho y tocó el escote de su prenda.

—Como tienes unas piernas y unas manos tan bonitas, pensé que tu cuerpo también lo sería.

—No.

Le pareció que sus manos en el pecho estaban estorbando y las apartó despacio.

—Creo que me hubiera casado igual contigo aunque hubieras tenido un hijo. Lo habría adoptado y le habría dado cariño, sobre todo si hubiera sido niña —le susurró él al oído. Kyōko supuso que él había dicho tal cosa porque ya tenía un hijo varón, pero lo consideró una muestra de afecto un tanto extraña. Por otro lado, si él había querido prolongar la luna de miel diez días quizá se debía, precisamente, a que había un niño en su casa.

Su nuevo marido tenía un neceser de cuero de buena calidad. No se podía ni comparar con el de ella. No era nuevo, pero tal vez porque él viajaba mucho o porque sabía mantenerlo bien, el cuero brillaba pese a ser viejo. Kyōko se acordó del que ella había tenido. Lo había usado tan poco que se llenó de moho. Solo lo abrió aquella vez para sacar el pequeño espejo de mano y dárselo a su primer marido, quien luego se lo llevó al otro mundo.

El cristal de ese pequeño espejo se derritió encima del otro hasta que los dos quedaron fundidos sin que nadie, salvo quizá una persona, se diera cuenta. Kyōko no le dijo a nadie que aquella masa derretida de cristal era

un espejo, y era poco probable que alguien lo hubiera deducido.

Solo ella sabía que gran parte del mundo que se había reflejado en los dos espejos había sido cruelmente devorada por las llamas. El sentimiento de pérdida fue inmenso; tan grande como el que le causó ver el cuerpo de su marido reducido a cenizas. Con ese espejo de mano Kyōko le había mostrado por primera vez el reflejo de la huerta en el jardín. Fue ese espejo el que desde entonces él había guardado en la cabecera de su cama pese al esfuerzo que le suponía a su cuerpo debilitado el simple acto de sostenerlo con la mano, hasta el punto de que Kyōko le tenía que masajear los hombros y los brazos momentos después. Por eso había decidido darle ese otro espejo de mano más pequeño y ligero.

Mientras estuvo vivo, su marido no utilizó los espejos únicamente para ver la huerta del jardín, sino también para contemplar el cielo, las nubes, la nieve, las montañas distantes y el bosque cercano. La luna. Las flores del campo y las aves migratorias. Dentro del espejo, la gente paseaba por la calle y los niños jugaban en los jardines.

Incluso Kyōko se sorprendió de lo grande y rico que parecía el mundo reflejado en tan pequeño espejo. No dejaba de ser un mero instrumento de aseo para arreglarse y mejorar el aspecto de uno; su propósito no iba más allá de reflejar sobre el espejo del tocador la cabeza y el cuello por detrás. Sin embargo, para el enfermo se había convertido en un paseo por la naturaleza, en una fuente de vida. Sentada en la cabecera de la cama de su marido, Kyōko también se asomaba por el espejo y juntos comentaban el mundo reflejado. Llegó un momento en

el que ella ya no podía distinguir el mundo real del que existía dentro del espejo, y los dos mundos empezaron a convivir en paralelo. El que había dentro del espejo se erigió como un mundo propio y llegó incluso a parecerle más verdadero que el otro.

—El cielo tiene un resplandor plateado dentro del espejo —dijo una vez Kyōko, y se giró para mirar por la ventana—. Pero en realidad está gris y nublado... —El cielo del espejo no tenía ese peso lúgubre, sino que brillaba de verdad—. ¿Será porque siempre lo estás lustrando?

Aunque postrado, el marido podía ver el cielo desde la cama.

—Es verdad, es de un gris apagado. Pero los humanos no vemos los mismos colores que, digamos, los perros o los gorriones. Es difícil saber cuál de todos los ojos está viendo la realidad tal y como es.

—Y el espejo..., ¿tiene sus propios ojos?

Esos eran los ojos del amor entre los dos, quiso decir Kyōko. Dentro del espejo, el verde de los árboles parecía más fresco y el blanco de los lirios, más vivo.

—Mira, has dejado la huella de tu pulgar derecho... —dijo el marido señalando el marco del espejo. Kyōko se sobresaltó un momento, echó su aliento sobre el cristal y limpió la huella—. No pasa nada. La primera vez que me enseñaste el reflejo de la huerta también dejaste tu huella.

—No me di cuenta.

—Claro, tú no te das cuenta. Pero gracias a este espejo yo me he aprendido de memoria las huellas de tu pulgar y de tu índice. Aunque, bien pensado, solo a un enfermo como yo se le ocurre memorizar las huellas dactilares de su esposa.

El marido de Kyōko había estado enfermo prácticamente todo el tiempo que duró el matrimonio. Tampoco había ido a la guerra. Ya estaba finalizando la contienda cuando lo reclutaron para la construcción de un aeropuerto, pero no duró allí más de unos días; enseguida enfermó y le dieron de baja coincidiendo con la rendición. Como él ya no podía caminar, Kyōko fue a recogerlo acompañada de su hermano. Se habían trasladado a una de las zonas de evacuación en la ciudad natal de Kyōko cuando reclutaron al marido, hasta donde transportaron sus pertenencias. La casa en la que vivieron de recién casados se había quemado, por lo que le alquilaron una habitación a una amiga de Kyōko. Mientras pudo, el marido fue a trabajar desde allí. Ese fue todo el tiempo que Kyōko pasó con él antes de que cayera enfermo: un mes en la primera casa, de recién casados, y apenas dos meses en la de su amiga. Poco después, él decidió que alquilarían una casa pequeña en la montaña, donde recibiría tratamiento. Al principio había otra familia refugiada en esa misma casa, pero regresaron a Tokio en cuanto terminó la guerra. Allí, en esa casa, Kyōko se hizo cargo de la huerta del jardín, apenas un trozo de tierra de unos cinco metros y medio de largo escarbados entre malezas.

Como eran solo dos y vivían en un pueblo, no era imposible comprar verduras, pero le daba pena no aprovechar la huerta, más aún en los tiempos que corrían, así que se puso a cultivar hortalizas. Le tomó cariño a las verduras que nacían fruto de su trabajo. No lo hacía porque no quisiera estar cerca de su marido enfermo. Lo hacía porque ya no tenía ganas de coser o de tejer, y si

iba a estar preocupada por él de todos modos, prefería dedicarse a la huerta y disfrutar de la alegría que esta le brindaba. Cuando estaba en el jardín no tenía que pensar en el amor que sentía por su esposo. Luego, a la hora de la lectura, le leía algún libro en la cabecera de su cama. En la huerta, Kyōko parecía recobrar los pedazos de sí misma que iba perdiendo, acaso demasiado consumida por los cuidados.

Se habían mudado a la montaña a mediados de septiembre. Una tarde, justo antes del anochecer y después de las largas lluvias que llegaron con el primer frío del otoño —la otra familia ya había abandonado la casa—, el cielo se aclaró entre el canto de los pájaros y Kyōko salió a la huerta, ahora bañada en sol. Entonces se encontró con los primeros brotes verdes resplandeciendo sobre la tierra. Su emoción fue incluso mayor cuando vio unas nubes rosáceas detrás de las laderas de las montañas. En ese momento oyó la voz de su marido y corrió a la planta de arriba, las manos todavía manchadas de tierra. Él respiraba con dificultad.

—Te he llamado varias veces. ¿No me oías?

—Perdóname. No te oí.

—Quiero que dejes la huerta. Terminaré por morir si tengo que llamarte cinco veces para que me oigas. Además, si sales, no puedo saber dónde estás ni qué haces.

—Solo estoy en el jardín. Pero de acuerdo, dejaré la huerta.

El marido se calmó.

—¿Oíste al carbonero cantar?

La había llamado solo para hacerle esa pregunta. Entretanto, el carbonero volvió a cantar en un bosque cer-

cano. Los árboles flotaban en la luz del atardecer. Kyōko memorizó el canto del pájaro.

—Sería conveniente que tuvieras algo que suene, como un cascabel. Hasta que lo compremos, deberías tener a mano algo que puedas arrojar.

—¿Qué quieres, que lance un cuenco desde arriba? Eso sería divertido.

Así es como Kyōko pudo continuar trabajando en la huerta, pero no se le ocurrió utilizar el espejo hasta pasado el largo y duro invierno de montaña, ya entrada la primavera.

Aquel simple objeto le devolvió la vida al enfermo al tiempo que el mundo recobraba sus brotes frescos. A veces ella subía para enseñarle los insectos que arrancaba de las verduras, demasiado pequeños para que pudieran verse en el reflejo del espejo.

—Las lombrices sí se ven en el espejo —le dijo él en una ocasión después de verla escarbar la tierra.

A veces, a esas horas del día en las que se inclina el sol, Kyōko recibía un resplandor en los ojos mientras trabajaba en la huerta y, al mirar hacia arriba, se encontraba a su esposo refractando la luz con el espejo. Él le sugirió que se hiciera unos *monpe** con el *yukata* de *kasuri*** índigo que él solía ponerse cuando era estudiante. Parecía entusiasmado con la idea de verla faenar dentro del espejo vestida así.

* Pantalones tradicionales para trabajar en el campo.

** El *yukata* es un kimono ligero, generalmente hecho de algodón y no de seda, que se usa en verano o después del baño. El *kasuri* es un tipo de tela de algodón con un teñido específico, generalmente de color índigo con motivos blancos.

Kyōko sabía que su marido la observaba cuando estaba en la huerta. A veces lo tenía presente, a veces se le olvidaba. ¡Qué lejanos parecían aquellos días en los que, recién casada, le había dado vergüenza que su brazo asomara por los espejos contrapuestos! Al recordarlo, se llenó de nostalgia.

Lo cierto era que por aquel entonces apenas se maquillaba y no había tenido necesidad de utilizar los dos espejos. Durante la inmediata posguerra no pudo empolvase la cara ni una sola vez. Después se dedicó a cuidar a su marido enfermo y luego vino la austeridad del duelo, de modo que no se maquilló por completo hasta que se volvió a casar. Fue así como Kyōko descubrió su propia belleza, y por esa razón quiso creer a su nuevo esposo cuando este, al verla por primera vez, le dijo que tenía un cuerpo bonito.

Ya no le daba vergüenza ver el reflejo de su cuerpo después del baño. El sentido de la belleza que su marido había plantado en ella, una belleza que solo existía en el interior del espejo y que era tan distinta al resto, seguía vivo de alguna manera. No era una belleza irreal, sino todo lo contrario. No le cabía duda de que dentro del espejo existía otro mundo, a pesar de que la diferencia entre su piel y su reflejo no era tan notable como la que observó aquel día entre el cielo gris y el que resplandeció plateado dentro del espejo. No sabía muy bien por qué aquellos dos cielos parecían tan distintos. No debía ser únicamente una cuestión de distancia. Quizás el deseo y la admiración que sentía por su esposo convaleciente habían influido en su percepción. Ya nunca podría saber cómo de bella se le aparecía a él cuando, postrado en la planta de arriba, la

veía trabajar en la huerta dentro del espejo. Él nunca se lo dijo mientras estuvo vivo.

Más que nostalgia, Kyōko sentía una especie de fascinación por el reflejo de sí misma trabajando en la huerta, o del índigo de las flores del asango, del blanco de los lirios, de los niños jugando juntos en el prado o del sol de la mañana abriéndose entre las montañas nevadas en la lejanía. Es decir, por ese mundo dentro del espejo que había compartido con su primer marido. Ahora que se había vuelto a casar, se veía obligada a reprimir el deseo tibio y carnal que nacía en ella en esos momentos y que en realidad provenía, quería creer, del mundo celestial.

Una mañana de mayo, Kyōko oyó el canto de unos pájaros silvestres a través de la radio. Era una transmisión procedente de una zona cercana a la montaña en la que había vivido con su primer marido hasta el día de su muerte. Después de despedir a su nuevo esposo cuando salía a trabajar, sacó el espejo de mano del cajón de su tocador y reflejó el cielo raso. Luego contempló su propio rostro dentro de él. Y se dio cuenta de algo extraño: uno no podía verse a sí mismo más que a través de un espejo. Uno no podía verse la cara de otra manera y, sin embargo, se arreglaba todos los días convencido de que la imagen de su reflejo era real. Si Dios creó a las personas de forma que no pudieran verse la cara debió de ser por alguna razón, pero ¿cuál? ¿Qué significado podía tener? Kyōko se quedó pensando un buen rato.

«Quizá nos volveríamos locos si pudiéramos ver nuestras propias caras. Quizá ya no podríamos hacer nada más».

Sin embargo, lo más probable era que los humanos hubieran adquirido esa incapacidad de verse a sí mismos como fruto de la evolución. Tal vez las libélulas y las mantis religiosas sí podían verse a sí mismas.

Era casi como si el rostro, que es algo tan propio de cada persona, estuviera hecho para ser mostrado a los demás. ¿No era eso acaso algo parecido al amor?

Kyōko guardó el espejo de mano en el cajón de su tocador. El espejo de mano y el mueble no iban a juego: uno estaba decorado con un tallado de Kamakura y el otro era de morera sencilla. Desde que su antiguo espejo de mano se fue con su primer esposo, el tocador se había quedado incompleto, viudo como ella. Bien pensado, entregarle aquel espejo de mano y el otro pequeño a su esposo convaleciente había tenido sus efectos negativos, pues él se habituó a utilizarlos también para ver su propio reflejo, y cada vez que lo hacía se estremecía constataando el deterioro que su rostro expresaba; sin duda algo parecido a enfrentarse cara a cara con el dios de la muerte. Si aquello se podía considerar una especie de suicidio psicológico a través del espejo, entonces Kyōko era culpable de un asesinato psicológico. Aterrorizada ante la idea, intentó alguna vez quitarle los espejos a su marido, pero él no se dejó. Ya era muy tarde para arrebatárselos.

—¿Qué quieres, que deje de verlo todo? Mientras esté vivo, quiero amar lo que veo —dijo él. Quizá su marido había incluso sacrificado su vida para que ese otro mundo dentro del espejo pudiera existir. A veces, después de unas lluvias torrenciales, él disfrutaba contemplando a través del espejo la luna reflejada en un charco. Esa luna,

trémulo reflejo de un reflejo, todavía flotaba en el corazón de Kyōko.

—Solo una persona sana puede albergar un amor sano —le oyó decir a su nuevo marido.

Kyōko asintió avergonzada, pero en el fondo estaba en desacuerdo. Al principio, cuando falleció su primer esposo, se preguntó de qué había servido tan austera abstinencia entre los dos, pero al cabo de un tiempo esa misma abstinencia se convirtió en el triste recuerdo de un amor que poco a poco fue impregnándolo todo. Por eso Kyōko no se arrepentía de ello. Quizá su segundo marido se tomaba demasiado a la ligera el amor de una mujer.

—¿Por qué te separaste de tu esposa, con lo bueno que eres? —le preguntó Kyōko un día a su nuevo marido. Pero él no respondió.

Kyōko se había casado con él porque el hermano mayor de su difunto esposo había insistido en ello. Fueron novios durante algo más de cuatro meses. Se llevaban quince años.

Cuando quedó embarazada, sintió tal terror que se convirtió en otra persona.

—Estoy asustada, muy asustada —dijo abrazando a su marido.

Padeció unas náuseas feroces y se volvió un poco loca. Salía al jardín descalza y arrancaba las hojas del pino. Le daba a su hijastro dos cajas de *bentō** en vez de una, las dos llenas de arroz. Se quedaba con la mirada perdida en el espejo de mano como si pudiera ver a través de él.

* Comida servida en una caja para llevar.

Un día se despertó en mitad de la noche, se arrodilló sobre el colchón y se quedó observando a su esposo dormido. Se estremeció pensando que la vida de una persona no tenía ningún valor y se desató el *obi** del *yukata* de dormir para, al parecer, estrangularlo. De pronto Kyōko volvió en sí, dejó escapar un grito y se derrumbó entre llantos. Él se levantó en ese momento y le ató el *obi* con dulzura. Era una noche de verano pero Kyōko temblaba como si estuviera muerta de frío.

—Kyōko, tienes que creer en el bebé que está en tu barriga —le dijo él zarandeándola por los hombros.

El médico les aconsejó ingresarla en un hospital. Al principio Kyōko se resistió, pero finalmente se dejó vencer.

—De acuerdo, iré al hospital, pero antes quiero volver dos o tres días a casa de mis padres.

Su marido la acompañó hasta su ciudad natal. Al día siguiente, Kyōko se escapó de la casa y se fue hasta la montaña en la que había vivido con su primer marido. Era principios de septiembre, a diez días de cumplirse el aniversario del inicio de su vida allí. En el tren de ida, Kyōko sintió tales náuseas y mareos que temió acabar saltando del vagón, pero el miedo se disipó en cuanto salió de la estación y notó en su piel el aire limpio y puro de la montaña. Volvió en sí como si se hubiera roto un hechizo. Se quedó de pie, con una sensación extraña, y contempló las montañas circundantes. Los contornos verdes, casi azulados, de los montes se perfilaban nítidos contra el cielo y

* Tela larga que se envuelve alrededor de la cintura para sujetar el *yukata* o el kimono.

Kyōko sintió que el mundo estaba vivo. Notó que sus ojos se empapaban de algo cálido y caminó hacia su antigua casa secándose las lágrimas. También ahora el carbonero cantó desde el mismo bosque que pareció flotar aquel día en el atardecer rosado.

Había alguien viviendo en su antigua casa. La ventana de la segunda planta tenía puestas unas cortinas de encaje blanco. Kyōko se quedó mirando sin acercarse demasiado.

—¿Qué voy a hacer si el bebé se parece a ti? —Kyōko se sorprendió a sí misma susurrando estas palabras. Se dio la vuelta y regresó, colmada de una cálida paz.